

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El Príncipe Jacinto y la querida Princesita

Érase una vez un rey enamorado de una princesa. Pero la princesa estaba hechizada y no podía casarse con nadie. Un hada bondadosa se apiadó del rey y le dijo cómo romper el maleficio. Tenía que pararse en la cola del gato de la princesa, y quien lo consiguiera estaría destinado a casarse con la princesa.

El rey pensó que sería fácil pararse en la cola del gato, pero éste iba siempre un paso delante de él. Hasta que una noche, el gato estaba profundamente dormido. El rey puso el pie sobre la cola y pisó tan fuerte como pudo.

El gato lanzó un grito helado y se transformó en un mago malvado. El mago dijo:

—Te casarás con la princesa porque has roto la maldición. Pero yo me vengaré. Tendrás un hijo que no será feliz hasta que descubra que su nariz es demasiado larga.

El rey estaba aterrado, pero no pudo evitar reírse ante la amenaza.

—Si mi hijo tiene una nariz tan larga —pensó para sí—, seguro que podrá verlo por sí mismo.

Cuando el mago desapareció, el rey no perdió el tiempo y fue a buscar a la princesa, que aceptó casarse con él inmediatamente.

Poco después de la boda el rey murió, dejando a la reina con su hijo, al que llamó Jacinto. El principito tenía preciosos y grandes ojos azules y era increíblemente dulce. ¡Pero su nariz era enorme! La reina quedó desolada al ver su nariz, pero las damas de la corte le aseguraron que no era tan grande como parecía. Decían que era una bonita nariz romana. Bastaba con abrir un libro de historia para ver que los grandes héroes tenían narices grandes. La reina quedó satisfecha con lo que le dijeron las damas de la corte. Cuando volvió a mirar a Jacinto, su nariz no le pareció tan grande.

El príncipe fue criado con mucho cuidado. Se contaban historias terribles sobre personas con narices cortas. No se permitía acercarse a nadie cuya nariz no fuera más o menos del mismo tamaño que la suya. A los profesores de historia les urgía decir que los grandes hombres tenían la nariz larga. En la habitación del príncipe colgaban retratos de personas con narices muy grandes. El príncipe creció creyendo que una nariz larga era de gran belleza y que nunca habría querido que la suya fuera ni un centímetro más corta.

Cuando el príncipe cumplió 21 años, la reina pensó que ya era hora de que se casara. Hizo traer al castillo retratos de varias princesas. Entre esos retratos estaba el de la querida princesita. Era hija de un gran rey y un día llegaría a gobernar varios reinos. Pero eso no le importaba al príncipe Jacinto. Estaba perdidamente enamorado de la querida princesita y sólo quería casarse con ella, aunque tuviera una nariz pequeña e insignificante. Pero uno de los cortesanos le dijo al

príncipe que eso era diferente para la belleza de una mujer, y que incluso Cleopatra tenía una nariz pequeña e incluso ligeramente torcida. El príncipe le hizo un espléndido regalo por esta buena noticia y envió a su gente a pedir la mano de la querida princesita. Su padre, el rey, dio su consentimiento.

Así que el príncipe partió para conocer en persona a la dulce princesita. Justo cuando estaba a punto de besarle la mano, el mago apareció de repente y se llevó a la princesa, desapareciendo con ella en un instante.

El príncipe, inconsolable, declaró que no volvería a su reino sin su princesa. Envío a todos sus cortesanos a casa y continuó solo, montando a caballo día y noche.

Cabalgó hasta que vio una luz que salía de una cueva. Advirtiendo que él y su caballo habían pasado mucho tiempo sin comer, se acercó a la cueva y se encontró con una mujer pequeña y anciana. Era un hada, y parecía tener al menos cien años. Se puso las gafas para ver bien al príncipe, pero su nariz era tan pequeña que se le resbalaban. Tras varios intentos, consiguió mantener las gafas en su sitio. Ambos estallaron en carcajadas y exclamaron al mismo tiempo:

—¡Oh, que nariz tan graciosa!



—No tan graciosa como la tuya —le dijo el Príncipe Jacinto al hada—. Pero señora, le ruego que deje en paz nuestras narices y me dé algo para comer, pues me muero de hambre, y mi pobre caballo también.

El hada le dijo que era el hijo de su mejor amiga. Siguió hablando del padre del príncipe y de su hermosa nariz, lo que empezó a irritar al príncipe. Estaba más preocupado por su hambre y la de su caballo.

Finalmente, el hada lo llevó dentro y ordenó a sus sirvientes que prepararan algo de comer.

Mientras el príncipe comía, el hada le habló de su padre y le preguntó qué estaba ocurriendo en su reino actualmente. También siguió haciendo comentarios sobre la nariz del príncipe, lo que le molestó aún más. Pensó para sí que el hada estaba mimada por los aduladores, que le hacían creer que hablaba muy poco.

El príncipe se irritó tanto por los constantes comentarios del hada sobre su nariz que se marchó rápidamente, buscó su caballo y partió. Pero dondequiera que iba, la gente tenía algo que decir sobre su nariz. Empezó a pensar que todos estaban locos y no se atrevía a admitir que, probablemente, su nariz era demasiado larga.

Siempre había pensado que su nariz era bonita.

El hada sintió que tenía que ayudar al príncipe e ideó un plan. Encerró a la dulce princesita en un palacio de cristal y lo colocó en un lugar donde el príncipe seguramente lo encontraría. Y así fue. El príncipe se alegró mucho de encontrarla y trabajó sin descanso para liberarla del palacio. Pero a pesar de sus esfuerzos, no pudo hacerlo. Entonces intentó acercarse lo más

posible a la dulce princesita para hablar con ella. Ella le tendió la mano para que la besara, pero su nariz se interpuso. Por primera vez, se dio cuenta de lo larga que era realmente su nariz y exclamó:

—¡Oh, no, debo admitir que mi nariz es demasiado larga! El palacio de cristal se rompió en mil pedazos. La vieja hada cogió de la mano a la dulce princesita y le dijo al príncipe:

—Ahora ves cómo el amor propio te impide conocer tus propios defectos. Te niegas a ver tus propios defectos hasta que se interponen en lo que es más importante para ti.

A partir de ese momento, la nariz del príncipe se hizo cada vez más pequeña hasta que tuvo el tamaño de la nariz de todos los demás. Se casó con la dulce princesita y vivieron felices para siempre.